

Educar para no repetir el conflicto armado¹

Educate not to repeat the armed conflict

Éduquer pour ne pas répéter le conflit armé

Educar para não repetir o conflito armado

Julián Andrés Escobar-Gómez²
Universidad de Antioquia (UDEA)
Medellín-Colombia

Cómo citar este artículo: Escobar-Gómez, J. (2016). Educar para no repetir el conflicto armado. *quaest.disput*, 9 (19), 103-116

Recibido: 23/02/2016. Aprobado: 31/05/2016

1 Este artículo hace parte de la entrega final del proyecto de prácticas para obtener el título de pregrado. Hace parte de un proceso de indagación y reflexión elaborado en una de las instituciones educativas de la ciudad de Medellín. No hace parte, entonces, de una propuesta formativa en estricto sentido sino del señalamiento de algunas cuestiones que, a partir del punto de vista del autor, se deberían tener en cuenta en el posconflicto en Colombia.

2 B. Sc. Contacto: julian.escobarg@udea.edu.co.

Resumen

El objetivo de este artículo consiste en reflexionar sobre la tarea de la educación en el posconflicto en Colombia. Si bien es posible elaborar un discurso amplio sobre la guerra en este país, el objetivo de este texto no es tanto profundizar en las causas y características del conflicto armado, cuanto sí en las condiciones de posibilidad de su superación. Ello puede ser posible si todos los ciudadanos participan en la construcción de un país diferente. En el artículo se plantea, desde los postulados de autores como Theodor W. Adorno, Francisco Cortés Rodas y Eufrasio Guzmán, que la «educación para el posconflicto» tiene una importancia sobresaliente en este aspecto.

Palabras clave: causas del conflicto, contexto histórico, educación, no repetición, paz, posconflicto.

Abstract

The objective of this article has to do with thinking about education in Colombian post conflict. Though it is possible to make a wide speech about the war in this country, the main objective of the text is not to deepen in the causes and characteristics of the armed conflict but in the conditions of possibilities of overcoming it. This can be possible if all citizens participate in the construction of a different country. The article is explained from the statements given by the authors such as Theodor W. Adorno, Francisco Cortés Rodas y Eufrasio Guzmán, in which Education for post conflict has an overcoming importance.

Keywords: causes of conflict, education, historic context, no repetition, peace, pos- conflict.

Résumé

L'objectif de cet article consiste à réfléchir à la tâche de l'éducation dans le post-conflit en Colombie. Bien qu'il est possible d'élaborer un ample discours sur la guerre dans ce pays, l'objectif de ce texte n'est pas d'approfondir tant dans les causes et les caractéristiques du conflit armé, mais si quant aux conditions de possibilité de son surpassement. Cela peut être possible si tous les citoyens participent à la construction d'un pays différent. Dans l'article on propose, depuis les postulats d'auteurs comme Theodor W. Adorno, Francisco Cortés Rodas et Eufrasio Guzmán, que "l'éducation pour le post-conflit" a une importance remarquable dans cet aspect.

Mots clefs : les causes du conflit, contexte historique, éducation, non répétition, paix, post-conflit.



Resumo

O objetivo deste artigo consiste em refletir sobre a tarefa da educação no pós-conflito na Colômbia. Embora seja possível elaborar um amplo discurso sobre a guerra no país, o objetivo deste texto não é aprofundar tanto nas causas e características do conflito armado, enquanto sim nas condições de possibilidade para sua superação. Isto pode ser possível se todos os cidadãos participam na construção de um país diferente. Neste artigo se propõe, desde os postulados de autores como Theodor W. Adorno, Francisco Cortés Rodas e Eufrasio Guzmán, que a «educação para o pós-conflito» tem uma importância sobressaliente neste aspecto.

Palavras chave: causas do conflito, contexto histórico, educação, não repitício, paz, pós-conflito.

Introducción

En las presentes páginas se encontrarán algunas reflexiones acerca de lo que debería ser la educación en caso tal de entrar en un acuerdo de paz en La Habana entre el gobierno colombiano y las FARC. No se debe esperar un paso a paso de lo que se debe hacer después de este hecho que viene gestándose desde hace algunos años, sino que estas páginas procuran dar una idea general de qué deberíamos pensar los colombianos luego de que ellos terminen su respectiva negociación. La paz no es sólo un documento que se firma entre dos partes en conflicto [gobierno y guerrilla de las FARC-EP], al contrario, es una construcción social que se realiza gracias a los diferentes actores que participan en esta sociedad colombiana. Esto sería un poco más exigente para los licenciados o personas en contacto directo con la educación, pues tienen en nuestras manos una enorme responsabilidad: la de formar nuevas generaciones de estudiantes que, conociendo el conflicto armado en Colombia, prefieran el camino de la educación en vez del camino de las armas y la guerra. Pero el cambio debe ser aplicado en todas las esferas de la sociedad, pues un país más pacífico no logrará construirse con el esfuerzo de unos pocos: padres de familia y ciudadanía en general deben acompañar este proceso, el cual será largo y complejo. Una vez le escuché a uno de mis profesores la frase: lo que verdaderamente vale la pena, lleva tiempo en realizarse. Y esto se ratifica con el posconflicto que ahora vamos a comenzar los colombianos y que será un reto para todos.

No existe una regla general acerca de cómo debe superarse un período histórico de conflicto como el que hemos vivido en Colombia. Esto quiere decir que, ante la nueva época que empezaremos como una sociedad que desea la paz, no existe un manual ya establecido que nos diga cada uno de los pasos a seguir para superar el conflicto. En cierto sentido, vamos a tener que improvisar un futuro diferente. Aquí cada acción que desee aportar a la consolidación de esa vida pacífica debe ser potenciada, pues necesitamos que todo el país comience a vivir la «cultura

de la paz». Tampoco tenemos un límite de tiempo. Aquellos que sostienen que este país será el paraíso o el ejemplo de paz del mundo al firmar el acuerdo de paz estarán mintiendo. Lo mismo si alguien afirma que nos demoraremos otro medio siglo en componer lo que se ha descompuesto en el pasado medio siglo. Nadie puede sostener este tipo de premisas, pues son tan insostenibles que habría que dudar de su sola enunciación. Sin embargo, lo que sí sabemos es que debemos empezar a andar por el camino del cambio. Es necesario decir que este es el momento propicio para esbozar una ruta que nos lleve a la paz que tanto deseamos y necesitamos.

Una de las premisas que intentaré defender en este texto es la siguiente: para la construcción de la paz es necesario eliminar todas y cada una de las causas que generaron el conflicto armado en Colombia. Esto se debe a que si existen estas, la posibilidad de un nuevo conflicto seguirá latente y se perderá cualquier esperanza de vivir en un país diferente. Debemos recordar nuestro pasado ya que gracias a él hoy somos lo que somos. Pero debemos cambiar para tener un futuro en dónde no existan las barreras invisibles y todos podamos ser ciudadanos libres y no sujetos a un pavor de entrar en una zona en donde manda otro «combo» y seamos víctimas de sus intimidaciones. Vamos pues, a introducirnos en lo que quisiera llamar «educación para la no repetición del conflicto armado».

Voy a dividir la presente reflexión en dos momentos diferentes. En primer lugar se trabajará la incidencia de la educación en el posconflicto y qué papel debe jugar la ciudadanía en la construcción de un futuro diferente; y, en segundo, algunas anotaciones acerca del papel que tendría el pasado en la construcción de la paz, a partir de un autor de teoría crítica de la sociedad. Reiteramos que la paz es una construcción social, no una práctica individual, esto nos permitirá comenzar a pensar en las implicaciones que tenemos como ciudadanía en la construcción de la paz. Y al final, dejaré un breve espacio para mencionar algunos estudios fundamentales para el tema de Educación y posconflicto, así como algunos textos que puedan servir para comprender, en términos generales, la historia del conflicto armado en Colombia.

1. ¿Qué incidencia tiene la educación en la construcción del posconflicto?

¿Acaso podríamos hablar de un malestar general o un pesimismo con respecto a la idea de la construcción del proceso de paz con las FARC? Quizá hubo una generación en Colombia que tuvo que vivir esto como un fracaso rotundo, iluminado hoy por lo que la historia reciente del país ha denominado «la silla vacía»³. Al

3 El periódico El Espectador ha documentado este asunto de la silla vacía que se dio en el gobierno del ex presidente Andrés Pastrana Arango. Para ello puede verse el artículo del 6 de enero del



menos, este es el último registro que se tiene de una negociación con el gobierno, pues, si la memoria histórica no nos falla, no ha sido el único período en el cual se ha intentado construir un «acuerdo para la paz». En gobiernos anteriores se ha intentado fortalecer esto para superar el conflicto armado colombiano, pero jamás ha sido posible⁴. ¿A qué se debe ello? ¿Acaso estaríamos hablando de una falta de voluntad política por parte de nuestros gobernantes o un juego despiadado de la guerrilla para ilusionarnos y luego instaurar una época más violenta que la anterior al inicio de la negociación? Tal vez se debe a muchos factores que vinculan a ambas partes y a la sociedad colombiana en general.

Cuando un conflicto está arraigado en la sociedad podemos caer en el riesgo de convertirlo en parte de nuestra cultura y nuestra identidad como nación. Aquí siempre vivimos en conflicto armado y a todos nos ha pasado que asesinen a un amigo, un familiar, o incluso que lo amenacen a uno mismo por no apoyar a quienes pretenden cometer acciones en contra de la población civil y las leyes. Nos hemos acostumbrado a «los niños malos» dentro de las comunas⁵. En muchas ocasiones, son literalmente niños, pues cada vez son reclutados más menores de edad a engrosar las listas de los criminales. Sabemos ahora que si pretendemos sacar un puesto de venta en cualquier zona, lo primero que debemos hacer es prepararnos para la llegada de estos «niños malos», quienes vienen a firmar un «acuerdo por la seguridad con el negocio a causa de la violencia que se vive en el barrio». Es solo la excusa para camuflar la actividad extorsiva. Nos hemos acostumbrado a esto y a muchas otras cosas.

En cierta medida, en el imaginario de la población civil se ha introducido un modo de vida que no se separa de la inseguridad. Esa es una de las primeras consecuencias de un conflicto armado de más de medio siglo. Hasta ahora, hemos visto que los gobiernos han atacado fuego con fuego, es decir, responder con violencia los actos violentos de los guerrilleros. Y los pocos gobiernos que han intentado un diálogo o negociación de paz con las FARC, han fracasado. En ocasiones ha sido falta de voluntad, tanto del gobierno como de los combatientes ilegales, de construir una verdadera paz para todos.

2009, al cual titulé este diario: La silla vacía, hace diez años.

4 Para ello puede verse el informe de la «Fundación Ideas para la paz» intitulado: Cuadernos del conflicto: Conflicto armado e iniciativas de paz en Colombia. Publicado en el 2009. Editado por María Victoria Llorente y Cynthia J. Arnson. Disponible en la web.

5 Para estos argumentos que se vienen dando acerca de la inmensa historia del conflicto armado en Colombia, puede verse el texto ¡Basta Ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad, del Centro Nacional de Memoria Histórica, sobre todo el capítulo segundo intitulado: los orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado.

Una de las cuestiones que no hemos aceptado para construir la paz que tanto queremos y necesitamos en este país, es que para ganar, todos debemos perder algo. Todos debemos participar en esa construcción. No hay nadie que pueda escaparse a ella si en verdad quisiera verla convertida en realidad. Esto lo podemos ampliar o pensar en el sentido de la democracia que algunos autores intentan mostrar: “La democracia que requiere Colombia es aquella que haga posible la participación de todos. El gobierno legítimo debe ser democrático, popular y liberal” (Cortes, 2013, p. 32). Para poder construir efectivamente ese modelo de democracia y de posconflicto, debemos garantizar la participación de toda la ciudadanía; y si alguien no desea hacerlo, es mejor que se haga a un lado del camino y no interfiera u obstruya a quienes sí deseamos una nación en paz. Esta es una construcción social y no solo gubernamental o guerrillera. Si se les entrega a ellos la responsabilidad de hacer un cambio en el país y el resto de la ciudadanía nada hace para apoyarlos, todo estará reducido a un esfuerzo en vano o un nuevo y continuo fracaso. La paz la debemos construir todos, pues es a todos a quienes nos afecta, y si fracasa cada intento de superación del conflicto, es la ciudadanía en general la que pierde.

El fracaso de construcción de la paz se debe a la indiferencia que se ha encontrado por parte de los colombianos. Nos hemos acostumbrado tanto a estar en un conflicto permanente que cada cual lucha por establecer su seguridad y no le importa lo que le suceda a su vecino o a su familia, pues si este no es capaz de garantizarla por sus propios medios nadie más va a hacer nada por él. Nos hemos acostumbrado a vivir de forma individual, como si estuviéramos sumidos en el Estado de naturaleza que bien nos ha descrito Thomas Hobbes en su libro *El leviatán*. Cada cual lucha por lo suyo. Nadie quiere aportar algo a la sociedad en general. Y aquellos que sí pretenden hacer algo por todos, son tildados de revoltosos o revolucionarios: cuestión que puede verse en la «fama» que tienen los estudiantes de las universidades públicas del país [como la Nacional sede Bogotá o la universidad de Antioquia en Medellín]. Lo que deberíamos hacer es conformar grupos colectivos que luchen por un mejor país y que construyamos, pacíficamente, una realidad diferente.

Lo que debemos hacer, en un primer momento, es intentar salir de nuestra zona de confort y convencernos a nosotros mismos que no vivimos solos sino que hacemos parte de una colectividad, la cual se construye a partir de las pequeñas acciones que efectúa cada integrante. Esto es un hacernos consciente de nuestra realidad como sujetos sociales. No vivimos al margen de lo que pasa a nivel nacional, departamental, o municipal. Antes bien, todos aportamos a que eso funcione o no funcione.



La vía que tenemos a la mano para hacer todo esto es la educación y el olvido de la individualidad para sumarnos a lo colectivo aunque debemos reconocer su complejidad. Allí tendríamos que renunciar a cierta parte de nuestra privacidad o intimidad, para aportar algo a la sociedad en general. El impacto que tendríamos es fuerte porque para lograr algo tendríamos que salir de nuestra zona de confort y he allí el dilema. En esa zona estamos muy bien como para tener que salir. Pero para que la sociedad gane, todos debemos perder algo y luego de unos cuantos años, tal vez décadas enteras, podríamos comenzar a ver los resultados de los esfuerzos.

Se ha afirmado que parte del fracaso en cualquier tipo de negociación se debe a la falta de voluntad política: al habernos acostumbrado a vivir en medio del conflicto armado y a ser víctimas de él, y, en definitiva, a no querer renunciar a nuestra individualidad: hemos permitido el estado actual de cosas en donde reina la violencia y la inseguridad. Si pensamos por un momento, la educación es la herramienta que nos permitiría el principio del cambio de estas posibles causas del fracaso de cualquier negociación. Educación política, filosofía y ética, nos ayudarían a comprender el origen de la sociedad (la cual puede plantearse como la agrupación de un determinado número de personas con unos fines, dialecto, creencias, hábitos y costumbres en común). Esto nos conduciría a pensar que cada sociedad, o agrupación, comparte una cierta identidad y que su buen funcionamiento depende del trabajo que cada uno de los miembros realice en pos del conjunto.

Lo que debemos hacer es anteponer la educación a las armas y seducir a las nuevas generaciones para que se queden en el camino de la educación en vez de asistir al encuentro con las armas. Ello lo lograríamos con el ejemplo que le podamos dar a los demás, pues, en este punto tendríamos que afirmar que: “Saepe humanos affectus aur provocant, aut mitigant amplius exempla quam verba”⁶ (Abelardo, 1885, p. 114). Lo cual implica que la ciudadanía en general estaría más involucrada en la construcción de una nueva consciencia de lo que ella misma piensa. Al menos, tendríamos que comenzar con esto las personas que de alguna manera están más cercanos a las nuevas generaciones de estudiantes de instituciones educativas: los familiares y los profesores. Son los primeros sobre los que cae la responsabilidad de iniciar el cambio de mentalidad en ellos. La educación sería la primera y más eficaz herramienta para instaurar el inicio del cambio en la sociedad colombiana.

⁶ La traducción aproximada de este verso latino de Pedro Abelardo sería la siguiente: “Comprendamos que las pasiones o afectos humanos se forman más fácilmente con el ejemplo que con el discurso”. Gracias a un docente de la Universidad de Antioquia, he tenido acceso al texto latino, su nombre es José de Jesús Herrera Ospina.

Esta es la implicación que tiene la educación en el posconflicto. Bien sea que se logre o no firmar un acuerdo de paz entre el gobierno y las FARC, debemos iniciar ahora mismo el cambio. Lo primero que debemos transformar es nuestra consciencia, desprendernos un poco de nuestra individualidad y sumirnos más a la colectividad y comprender que es el momento de superar nuestros conflictos y dificultades, de una manera civilizada y no con peleas y más muertos. Pues, si no comenzamos a aplicar una nueva mentalidad, los próximos cincuenta años serás iguales a los pasados cincuenta. Ello lo lograremos si nos hacemos conscientes de que es por medio de la educación y la cultura que podemos incentivar el cambio que necesitamos en nuestro país. Al menos, de esta manera lo señalan algunos autores al decir: “El camino para mitigar los efectos nocivos de la violencia es indiscutiblemente el de la cultura y la educación” (Guzmán, 2014, p. 79). Y parte de esta educación en el posconflicto implica la utilización de nuestra capacidad de juzgar como herramienta para elegir un camino diferente al que hemos recorrido en los pasados años de conflicto armado. Del mismo modo podemos mirar que:

Educar en valores implica educar para discernir, para elegir entre un conjunto de valores, implica en el ejemplo un uso del cerebro y la capacidad de juicio de una manera que implica elección. Educar teniendo en cuenta esta realidad es educar en la capacidad de juicio y su incremento. Usar el cerebro implica otra cosa diferente a ese ser un autómata que come y duerme o una nube que permanece en ese extremo vagabundear sin norte. Usarlo es adaptar un destino, un horizonte, pensar antes de actuar o de hablar, planificar, vigilar críticamente nuestra expresión y nuestro vivir, soñar destinos y cumplirlos (Guzmán, 2014, p. 81)

Así pues, aunque tengamos conocimiento de lo que hemos vivido a lo largo de nuestro pasado, debemos tener la capacidad de juzgar lo suficientemente desarrollada como para elegir otro camino, soñar con una Colombia diferente y cumplir ese sueño. Sin embargo, eso requiere de la participación en esa construcción de una nueva identidad como nación y de un nuevo destino depende de toda la ciudadanía. Allí está, pues, la implicación de la educación en la construcción de un posconflicto en Colombia.

2. ¿Qué hacer con el pasado? Aportes acerca de la transformación del pasado en un devenir diferente

Si analizamos circunstancias similares a las nuestras en otros momentos históricos, de países diferentes al nuestro, encontraremos que también han debido superar momentos de conflicto armado y lo han superado gracias a la apuesta por la educación:



La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas las que hay que plantear a la educación. Precede tan absolutamente a cualquier otra que no creo deber ni tener que fundamentarla. No puedo comprender por qué se le ha dedicado tan poca atención hasta el momento. Ante la monstruosidad de lo ocurrido, fundamentarla tendría algo de monstruoso. Que se haya tomado tan poca consciencia de esta exigencia, y de los interrogantes y cuestiones que van con ella de la mano, muestra, no obstante, que lo monstruoso no haya calado lo bastante en las personas. Lo que no deja de ser un síntoma de la providencia de la posibilidad de repetición de lo ocurrido sí depende del estado de consciencia y de la inconsciencia de las personas. Cualquier posible debate sobre ideales educativos resulta vano e indiferente en comparación con esto: que Auschwitz no se repita. Fue la barbarie, contra lo que la educación entera procede (Adorno, 1998, p. 79).

Sabemos que la cita ha sido extraída de un contexto diferente al cual tenemos en este momento en el país. Esta se centra en el período posterior a la barbarie en Alemania tras la caída de Hitler en 1945. No obstante, podemos trazar algunas analogías con respecto al conflicto armado en Colombia y al contexto histórico en el cual nos encontramos. También debemos pensar en una sola idea: que el conflicto armado no se repita. ¿Cuántos muertos tenemos en el historial de más de medio siglo de este? Si tan solo lo pensáramos, la cifra sería aterradora. Nosotros hemos vivido, en cierto modo, nuestra propia barbarie, extendía a través de varias décadas y varias generaciones de compatriotas han debido padecer sus horribles consecuencias. Debemos pensar en que el futuro sea diferente, que nadie tenga que volver a vivir la atrocidad de la tortura, la monstruosidad del genocidio o la masacre, ni el tormento de la desaparición forzada.

Por las razones mencionadas, la exigencia que deberíamos estar haciendo en este momento no es la de firmar un acuerdo de paz sin impunidad, sino la de la eliminación de todas las causas que han originado el conflicto armado en Colombia. Aunque, por el momento podríamos afirmar que:

La primera afirmación que me parece importante hacer y de manera preliminar es indicar que tal como lo veo la sociedad humana, en el curso de la historia y la actividad educativa no es posible la eliminación completa del conflicto. El conflicto es inherente a la vida, a la condición humana, a la vida social y a la historia de la especie. Pero estamos hablando de la necesidad de disminuir las causas objetivas que tienden a escalar el conflicto humano y pueden llevar a que lo aceptemos como natural y a que no reaccionemos frente a la violencia (Guzmán, 2014, p. 78).

Aunque este autor colombiano no es tan rígido al afirmar o sostener la eliminación de todas las causas que originaron el conflicto sí nos hace pensar en su *des-esca-lamiento* hasta que hayamos aprendido a no reaccionar con más violencia frente a la violencia. Esto es, que comprendamos que podemos vivir de otra manera porque así lo hemos decidido como nación. En ese momento, en el que ya no necesitemos de la violencia para reaccionar frente a los diversos acontecimientos de la vida de toda persona, podremos afirmar que ya hemos eliminado las causas que originaron el conflicto armado y que hemos superado ese pasado nuestro que se escribió con la sangre y la muerte de nuestros compatriotas.

En cierto modo, a este respecto, también podemos encontrar otra exposición acerca del mismo asunto cuyo principal enunciado dice de esta manera: “La condición fundamental es que los grupos armados depongan las armas incondicionalmente, se desmovilicen y que garanticen la no repetición de los hechos delictivos” (Cortés, 2013, p. 26). Aquí la cuestión nos remite y nos seguirá remitiendo a la *no repetición de los hechos delictivos*. Esta es la premisa que nos debe ser puesta como fundamental en la construcción de nuestro futuro próximo. Esta debe ser la premisa por la cual debemos luchar desde la educación y la cultura: No repetir el conflicto armado en Colombia: eliminar las causas que originaron el conflicto: pensar de una manera diferente e intentar, por todos los medios que impliquen educación y cultura, que ese sueño se convierta en nuestra realidad.

El gobierno puede firmar el acuerdo con las FARC, el ELN, los Urabeños, los Rastrojos, con la Oficina de Envigado, y enviar a todos sus militantes a la cárcel para que paguen por todos los crímenes que han cometido contra el pueblo colombiano. Sin embargo, si las causas del conflicto siguen latentes en nuestra sociedad, la posibilidad de repetir las atrocidades y monstruosidades de lo ya vivido nos atormentarán para siempre, pues tendremos que vivir nuevamente una guerra interna que lentamente ha diezmado a este país. Lo debo mencionar: nos hemos acostumbrado tanto al conflicto armado que lo normal parece ser continuar viviendo en él sin intentar luchar por eliminarlo de nuestra realidad.

Todos nuestros esfuerzos, incluso formando a los demás con nuestro ejemplo en vez de decirles qué hacer, deben enfocarse a eliminar esas causas. No olvidemos el pasado, no lo despreciemos, no lo hagamos sucumbir, antes bien, debemos hacer lo posible por utilizarlo como herramienta de formación para que los nuevos estudiantes nieguen esa horrible realidad e instauren un nuevo caminar para la sociedad. Pero ellos no pueden hacerlo solos. Si continúan viendo que nosotros los adultos somos deshonestos, tramposos, y que siempre aprovechamos cada situación para «tumbar» a los demás para beneficiarnos de ello, jamás conseguiremos esa paz que tanto anhelamos. De otro modo: «el conflicto sigue viviendo porque: “la disposición a lo indescriptible sigue latiendo tanto en los



hombres como en las circunstancias que los rodean”» (Adorno, 1998, p. 15). Lo importante ahora no es saber cuántas víctimas ha dejado el conflicto y cuántos muertos ha sepultado (cifra que pudiera ser inenarrable). Lo que debemos hacer es superar esas circunstancias adversas que originaron el conflicto armado. Esto nos deja *ad portas* de algo interesante: aun conociendo el pasado, aun teniendo en nuestros libros de historia toda esa época que ha llenado de sangre y dolor la vida cotidiana de los ciudadanos de este país, superemos el pasado, eliminemos la posibilidad de repetición y construyamos un futuro diferente. El día en el cual todos comprendamos eso estaremos dispuestos a comenzar un posconflicto.

Y estamos obligados a decir algo más acerca de la voluntad para hacer las cosas:

Se tiene voluntad de librarse del pasado: con razón, porque bajo su sombra no es posible vivir, y porque cuando la culpa y la violencia solo pueden ser pagados con nueva culpa y nueva violencia, el terror no tiene fin; sin razón, porque el pasado del que querría huir aún está sumamente vivo (Adorno, 1998, p. 15).

Parece que este autor estuviese hablando de Colombia y de lo que estamos viviendo en este preciso momento. En el instante en el cual nos encontramos, estando en vilo por saber si el gobierno y las FARC terminarán satisfactoriamente las negociaciones que se llevan a cabo en la Habana desde hace algunos años, las condiciones de seguridad a lo largo del país no parecen ser tan optimistas como las noticias que salen cada día de los encuentros entre ambas partes. El presidente Juan Manuel Santos dio un plazo máximo de seis meses para firmar el acuerdo de paz con este grupo guerrillero. ¿Ha mencionado cuánto tiempo estaremos sumidos en la superación del conflicto armado o en estrategias para la consolidación del posconflicto? Tal vez no. En este momento, en el cual estamos *ad portas* del acuerdo de paz, la violencia en nuestro país está sumamente viva. Todos los días siguen siendo asesinadas personas por las causas más insignificantes. Estamos pagando con violencia la que hemos recibido y aprehendido a lo largo de la historia nacional. Este tipo de situaciones son las que deberíamos impedir en la época de posconflicto.

Lo importante es no permitir que nuevas amenazas afecten la integridad del país. No pagar con más violencia los muertos que hay y comprender que debemos cambiar de mentalidad con respecto al cómo nos comportamos en los diferentes espacios de ciudad: conciertos, actos de recreación, competencias deportivas. Debemos comenzar a practicar la tolerancia en todos los espacios a los cuales asistimos, sin importar si estamos en el sistema de transporte masivo o en una discoteca: debemos formar más ciudadanos conscientes de su condición o su papel dentro de la sociedad, y menos jóvenes mimados que deseen ganarse

la vida de la forma más fácil: extorsionando, asesinando o robando. Pero es un compromiso que debemos tomar todos. La ciudadanía entera debe hacer algo, pues no toda la responsabilidad recae en el gobierno. En efecto, podríamos decir, que desde los diferentes espacios de la educación, se puede construir un nuevo modelo de ciudadanía al cual apostar todos los esfuerzos necesarios: docentes, normalistas, personas que de alguna manera trabajan con el sector educativo, deben dar el primer paso en la construcción del posconflicto: pero esto debe ser reafirmado en las dinámicas que los estudiantes enfrenten en la sociedad. Pues de nada sirve que ellos practiquen la «cultura o educación para la paz», solo en las seis u ocho horas que estén al interior de la institución educativa y que luego de ello, se vean obligados a co-habitar con la delincuencia y que, tarde o temprano, terminen engrosando la lista de las *Bacrim*. Podemos decir aún más de la educación:

Quando hablo de educación después de Auschwitz hablo en dos ámbitos: en primer lugar, educación en la infancia, sobre todo en la primera; seguidamente, ilustración general llamada a crear un clima espiritual, cultural y social que no permita una repetición; un clima, pues, en el que los motivos que llevaron al horror se hayan hecho en cierto modo conscientes. (Adorno, 1998, p. 81-82)

Dos aspectos fundamentales tenemos aquí según nos señala este autor: por una parte debemos fortalecer desde la primera infancia todo proceso de educación y desde allí fortalecer la cultura de la paz, aunque ello no significa que no se pueda y deba hacer lo mismo con todas las modalidades de educación. En segundo momento, un hacernos conscientes de los motivos que han originado el conflicto [conflicto armado en nuestro caso]. Esta segunda requiere un trabajo especial. Se deben consultar los libros y archivos de historia para comprender en cada una de las diferentes etapas del conflicto cuáles han sido las causas que han permitido que este haya surgido y el por qué no se superó, todas las partes deben ser consultadas [gobierno, actores guerrilleros, víctimas, población civil en general]; y en segundo lugar, hacer un trabajo exhaustivo con los actuales militantes de las FARC para saber cuáles son las causas por las que luchan en la actualidad. Esto último bien podría estar acompañado con un trabajo de psicoanálisis extendido por varios años para conocer a mayor profundidad el asunto y con cierto grado de certeza. Luego, de estas indagaciones comenzar a mostrar a los mismos militantes y a la ciudadanía en general cual ha sido el resultado de la causas de instauración del conflicto armado y qué tipo de personas estaban dispuestas a cometer las monstruosidades de este, conociendo también los motivos que les obligaron a actuar de esa manera. Todo esto le serviría a la nación para conocer estas circunstancias y hacer todo lo posible por que no vuelvan a repetirse y superar el pasado. Ardua y rigurosa tarea, pero, en este instante, es la



que deberíamos emprender en el posconflicto. Las cosas que valen la pena nunca serán fáciles de realizar.

Educación, cultura, deporte, arte son herramientas que debemos utilizar para construir un futuro diferente para las generaciones que llegan. Todo esto implicaría que el Estado colombiano debería aumentar un poco la inversión en este tipo de actividades para obtener más elementos que nos permitan trabajar con más comodidad. Debemos hacernos conscientes que: *el pasado solo habrá sido superado el día en que las causas de lo ocurrido hayan sido eliminadas. Y si su hechizo todavía no se ha roto hasta hoy, es porque las causas siguen vivas* (Adorno, 1998, p. 29). La superación de las causas que originaron el conflicto en el pasado debería convertirse en la principal aspiración del posconflicto en este país.

Afrontamos una de las épocas más complejas de nuestra historia, pues de nuestra actuación depende el futuro de la nación. Somos nosotros los verdaderos actores del cambio y somos quienes debemos propiciar todos y cada uno de los espacios en los cuales pueda darse la posibilidad para construir una cultura de la paz, de lo cual ya nos ha hablado en repetidas oportunidades el presidente Santos.

Conclusión

Si bien es cierto que aún podemos ver en algunas personas un pesimismo por el proceso de paz que se está llevando a cabo, no cabe duda de la inconsciencia a la que hemos llegado. La construcción de un posconflicto no depende únicamente de lo que el gobierno nacional hará con las FARC al firmar el acuerdo (pues un documento no nos hará más pacíficos), sino que depende de lo que nosotros como ciudadanos pretendamos hacer para cambiar nuestra propia realidad. La época que viene es la más compleja y depende de todos nosotros. Debemos procurar, entonces, construir acciones que permitan pensar que otra realidad es posible porque así lo queremos, no porque así lo harán otros. Entre todos debemos eliminar las causas y los motivos que hicieron surgir el conflicto armado en Colombia, porque a todos nos ha afectado de alguna u otra manera. Espero haber sido claro a lo largo de este escrito para que haya quedado claro que la idea fundamental de un posconflicto es el de la no repetición de la violencia que hemos debido vivir a lo largo de este medio siglo de historia.

Independientemente de nuestra posición política, si somos santistas o uribistas, poco importa. El llamado que recibimos hoy como ciudadanos es fortalecer la paz que tanto necesitamos, independientemente de si se firma o no el acuerdo en la Habana. Somos nosotros los que de verdad podemos hacer algo para la superación del conflicto y versa tan solo porque nos atrevamos a pensar y actuar diferente.

El proceso de posconflicto en Colombia depende de la participación de toda la ciudadanía en esa nación que queremos construir. Esa es la visión que debemos compartir ahora, independientemente de si se firma un acuerdo de paz o no entre el gobierno y las FARC en La Habana. Esa participación masiva de nosotros como nación es la consolidación de nuestro sistema político: la democracia y la República.

Referencias

- Abelardo, P. (1885). *Patrologiæ latina*, tomos CLXXVIII. Jacques-Paul Migne compilador. Recuperado de <http://patristica.net/latina/>
- Adorno T. (1998). *Educación para la emancipación*. Madrid: España: Ediciones Morata, S. L.
- Centro Nacional de Memoria histórica (2013). ¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad. Informe General Grupo de Memoria Histórica. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Comisión histórica del conflicto y sus víctimas. (2015). Contribución al entendimiento del conflicto Armado en Colombia. Recuperado de: www.mesa-deconversaciones.com.co
- Cortés-Rodas. F. (2013). Sobre democracia y justicia en las negociaciones de paz. *Revista Debates- Universidad de Antioquia*, (66), 24 -34.
- Fundación Ideas para la Paz. (2009). *Cuadernos del conflicto. Conflicto armado e iniciativas de paz en Colombia*. Recuperado de: www.wilsoncenter.org
- Guzmán-Mesa, E. (2014). Educación para el posconflicto. *Revista Debates- Universidad de Antioquia*, (69), 78 – 83.
- Jaime-Contreras, M. H. (2003). El conflicto armado en Colombia. *Revista de Derecho Universidad del Norte*, (19), 119 – 125.
- Pérez, P. (2014). Colombia: de la educación en emergencia hacia una educación para el posconflicto y la paz. *Revista Interamericana de Investigación, Educación y Pedagogía*, 7 (2), 287 - 311.
- Redacción política (6 de enero del 2009). La silla vacía hace diez años. *El Espectador*. Recuperado de www.elespectador.com